



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
Propiedad

Reservados todos los derechos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

Imprenta de Bernardo Rodríguez.—Barquillo, 8.—Madrid.

LAS GALLINAS.

APOSTARÍA — dice la señora de Lepic — a que otra vez se le ha olvidado a Honorina dejar a las gallinas encerradas.

Es verdad. Para asegurarse, no hay más que mirar por la ventana. Allá, al otro extremo del vasto corral, el techadillo de las gallinas recorta en la obscuridad el negro cuadrilátero de su puerta abierta.

—Félix, ¿por qué no vas a encerrarlas?
—dice la señora de Lepic al mayor de sus tres hijos.

—No me he quedado yo para encerrar

gallinas—contesta Félix, muchachote pálido, indolente y pusilánime.

—¿Y tú, Ernestina?

—¡Ay, mamá; a mí me daría mucho miedo!

Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, para contestar, apenas levantan la cabeza. Están muy enfrascados en la lectura, de codos en la mesa, casi juntas las frentes.

—¡Dios mío, qué tonta soy!—dice la señora de Lepic.—¡Ya no me acordaba! ¡Anda, Zanahoria, encierra las gallinas!

Con ese nombre cariñoso llama a su último vástago, porque tiene los cabellos rojos y pecosa la piel. Zanahoria, que está debajo de la mesa haciendo como si jugara, se pone en pie y dice, tímido:

—¡Pero, mamá, si yo también tengo miedo!

—¿Qué es eso?—replica la señora de Lepic.—¡Un mocetón como tú! ¡Tienes gana de bromar! Vamos; anda en seguida.

—Si ya sabemos que es atrevido como un toro—dice su hermana Ernestina.

—No teme a nada ni a nadie—agrega Félix, su hermano mayor.

Semejantes piropos llenan de orgullo a Zanahoria, y, por vergüenza de parecer indigno de ellos, lucha ya con su cobardía. Para acabar de darle ánimo, su madre le promete un pescozón.

—Alumbradme siquiera—suplica él.

La señora de Lepic se encoge de hombros; Félix se sonríe con desprecio. Sólo Ernestina, moviéndose a lástima, toma una vela y acompaña al hermanito hasta el final del corredor.

—Aquí te espero—le dice.

Pero en seguida echa a correr, aterro-

rizada, porque un golpe de viento hace oscilar la luz y la apaga.

Zanahoria, pegándosele las nalgas, clavándosele en el suelo los talones, se echa a temblar en las tinieblas. Tan espesas son, que se figura estar ciego. A veces una ráfaga le envuelve, como un trapo helado, para llevársele. ¿No le dan resoplidos entre los dedos, junto a los carrillos, zorros y hasta lobos? Mejor será precipitarse hacia donde están las gallinas, gacha la cabeza, embistiendo a la sombra y agujereándola. A tientas coge la aldabilla de la puerta. Al ruido de sus pasos, las gallinas, espantadas, agítanse cloqueando en sus palos. Zanahoria les grita:

—¡Ya os estáis callando! ¡Si soy yo!

Cierra la puerta, y echa a correr como si tuviese alas en brazos y piernas. Cuando se vuelve a encontrar, jadeante, orgu-

lloso de sí mismo, al calor y a la luz, le parece que acaba de mudarse, quitándose unos andrajos a que daban pesadez el barro y la lluvia, y poniéndose un vestido flamante y ligero. Sonríe, se mantiene erguido, con altivez, espera que le feliciten, y, fuera ya de peligro, busca en las caras familiares huella de las inquietudes que por él sintieran.

Pero Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, siguen leyendo tranquilamente; y la señora de Lepic le dice en tono natural:

—Zanahoria, todas las noches te encargarás tú de encerrarlas.

LAS PERDICES

Como de costumbre, el señor Lepic vacía el morral encima de la mesa. Lleva un par de perdices. Félix, el hermano mayor, las apunta en una pizarra que hay colgada en la pared. Es oficio suyo. Uno tiene cada chico. Ernestina, la hermana, vacía y despluma la caza. A Zanahoria se le encomienda especialmente la tarea de rematar las piezas heridas. Tal privilegio se lo debe a la dureza y sequedad de su corazón, hartamente conocidas.

Rebullen las dos perdices, alargando el pescuezo.

ZANAHORIA

LA SEÑORA DE LEPIC

¿A qué esperas, que no las matas?

ZANAHORIA

Mamá, también me gustaría ir apuntándolas en la pizarra cuando me tocara la vez.

LA SEÑORA DE LEPIC

Tú no llegas a la pizarra.

ZANAHORIA

Pues pelarlas también me gustaría.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso no es cosa de hombres.

Zanahoria echa mano a las perdices.

Con amabilidad se le hacen las indicaciones pertinentes:

—Apriétalas bien; por el pescuezo, ya sabes, y a contrapluma.

Con una pieza en cada mano, y éstas a la espalda, comienza.

EL SEÑOR LEPIC

¡Bribón! ¿Las dos a un tiempo?

ZANAHORIA

Para acabar antes.

LA SEÑORA DE LEPIC

No te las echés de sensitiva; por dentro te relames de gusto.

Defiéndense convulsas las perdices, y, agitando las alas, desparraman sus plumas. Nunca se morirán. Más fácil le sería

estrangular con una mano sola a un compañero. Se las mete entre ambas rodillas para sujetarlas, y pasando del rojo al blanco, sudoroso, alta la cabeza para no ver, aprieta más.

Pero ellas se obstinan.

Rabioso por concluir, las agarra por las patas, y les hace dar con la cabeza en la punta de su zapato.

—¡Verdugo!, ¡verdugo!—exclaman Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana.

—¡Vaya si afina!—dice la señora de Lepic.—¡Animalitos! No quisiera yo estar, como ellas, entre sus garras.

El señor Lepic, a pesar de ser cazador viejo, se va, lleno de repugnancia.

—¡Ahí están!—dice Zanahoria echando encima de la mesa las perdices muertas.

La señora de Lepic las vuelve una y

otra vez. De los menudos cráneos rotos brota sangre y un pedacito de seso.

—¡Ya era hora de que se le quitaran de las manos! ¡Pues no las ha dejado puercas!

Félix, el mayor, dice:

—La verdad es que no han quedado tan bien como otras veces.

ES EL PERRO

EL señor Lepic y Ernestina, la hermana, de codos a la luz de la lámpara, están leyendo, uno el periódico y la otra el libro que le dieron de premio; la señora de Lepic hace media; Félix, el hermano mayor, se asa las piernas a la lumbre; y Zanahoria, echado en el suelo, recuerda cosas.

De pronto, *Píramo*, que duerme debajo de la estera, lanza un gruñido sordo.

—¡Chist!—manda el señor Lepic.

Píramo gruñe más fuerte.

—¡Imbécil!—dice la señora de Lepic.

Pero tan ásperamente ladra *Piramo*, que todos se sobresaltan. La señora de Lepic se lleva una mano al corazón. El señor Lepic mira al perro con ojos aviesos, apretando los dientes. Félix, el hermano mayor, jura, y pronto no hay quien se entienda.

—¡Te callarás, cochino perro! ¡Cállate, brutal!

Piramo redobla. La señora de Lepic le pega. El señor Lepic le da con el periódico y luego con el pie. *Piramo* aúlla, echado de barriga, pegada la nariz al suelo, temeroso de los golpes, y parece como si, irritado, dándose de topetazos contra la estera, hiciese astillas su voz.

A los Lepic les ahoga la cólera. Todos de pie, se encarnizan con el perro tendido, que les hace cara.

Chirrían los vidrios, canturrea el tubo

de la estufa, y hasta Ernestina, la hermana, da ladridos.

Pero Zanahoria, sin mandárselo nadie, ha ido a ver lo que pasa. Tal vez un vagabundo retrasado cruza la calle, volviendo tranquilamente a su casa, como no sea que escale las tapias del jardín para robar.

Zanahoria echa a andar por el largo pasillo negro con los brazos tendidos hacia la salida. Da con el cerrojo, y lo descorre con estrépito, pero sin abrir la puerta.

Antes se exponía saliendo afuera, y silbaba, cantaba, pataleaba, esforzándose, para asustar al enemigo.

Ahora hace trampa.

Mientras sus padres se imaginan que está registrando, atrevido, todos los rincones, y aun rondando la casa como fiel guardián, él los engaña y se queda pegado a la puerta. Algún día le cogerán;

pero ya hace tiempo que la treta le va saliendo bien.

Sólo teme soltar un estornudo o toser. Contiene el aliento, y, si levanta los ojos, ve por el montante de la puerta tres o cuatro estreilitas cuya centelleante pureza le deja helado.

Pero ha llegado el momento de volverse. No hay que prolongar demasiado el juego. Despertaría sospechas.

Otra vez sacude con sus manos flacas el pesado cerrojo, que rechina en las abrazaderas herrumbrosas, y lo corre ruidosamente hasta el fondo de la hembrilla. ¡Júzguese, con tanto bullicio, si vendrá de lejos y si habrá cumplido con su deber! Cosquilleándole el espinazo, corre a tranquilizar a su familia.

Y, como la vez pasada, durante su ausencia, *Piramo* se ha callado; los Lepic,

ya en calma, han tornado a sus puestos inamovibles; y, aunque nadie se lo pregunta, Zanahoria dice, así como así, por costumbre:

—Es el perro, que estaba soñando.

LA PESADILLA

A Zanahoria no le gustan los amigos de la casa. Le molestan, le quitan su cama y le obligan a dormir con su madre. Y ocurre que si de día no hay defecto que le falte, por la noche tiene, principalmente, el de roncar. Ronca a propósito, sin duda.

La alcoba grande, glacial aun en Agosto, contiene dos camas. Una, la del señor Lepic; en la otra va a descansar Zanahoria, al lado de su madre, junto a la pared.

Antes de dormirse, carraspea debajo del embozo, para despejarse la garganta. Pero

ZANAHORIA

¿será de la nariz su ronquido? Se suena con cuidado para asegurarse de que no está obstruída, y se ejercita en no respirar demasiado fuerte.

Pero en cuanto se queda dormido, ronca. Es como una pasión.

En seguida la señora de Lepic le mete dos uñas, hasta hacerle sangre, en la molla de una nalga. Es el medio que ha escogido.

El grito de Zanahoria despierta brusca-mente al señor Lepic, que pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Tiene la pesadilla—dice la señora de Lepic.

Y canturrea, como un ama de cría, una tonada de acunar que parece india.

Con la frente, con las rodillas muy apretadas a la pared, como si quisiera echarla abajo, puestas las manos en las nalgas

para parar el pellizco que ha de acudir al primer llamamiento de las vibraciones sonoras, Zanahoria vuelve a dormirse en la cama grande, donde reposa, al lado de su madre, junto a la pared.

CON PERDÓN DE USTEDES

PODRÁ decirse? ¿Habrà que decirlo? Zanahoria, a la edad en que otros van a tomar la comunión, blancos de alma y de cuerpo, sigue siendo sucio. Una noche aguardó demasiado, sin atreverse a pedirlo.

Esperaba, merced a unos retortijones graduados, calmar el desasosiego aquel.

¡Vana pretensión!

Otra noche soñó que estaba instalado cómodamente junto a un guardacantón, aparte, y se lo hizo en las sábanas, con toda inocencia, dormido. Luego se despertó.

¡Junto a él no había más guardacantón que su asombro!

La señora de Lepic ni siquiera se enfada. Lava tranquila, indulgente, maternal. Y al día siguiente, tempranito, como un niño mimado, Zanahoria almuerza antes de levantarse.

Eso es: le llevan a la cama la sopa, una sopita muy bien hecha, en que la señora de Lepic, con una cucharilla de madera, ha desleído un poco, un poquito nada más.

Junto a la cabecera, el hermano mayor, Félix, y Ernestina, la hermana, observan a Zanahoria con socarronería, dispuestos a soltar la carcajada a la primera señal. La señora de Lepic, cucharadita tras cucharadita, va cebando a su hijo. Con el rabillo del ojo parece decir al hermano mayor, Félix, y a la hermana, Ernestina:

—¡Atención! ¡Estad preparados!

De antemano les divierten las muecas futuras. Hubiera sido necesario invitar a algunos vecinos. Al cabo, la señora de Lepic, echando una ojeada postrera a los mayores, como para decirles: «¡Ahora viene lo buenol!», levanta con lentitud la cucharada última, la mete hasta la garganta en la boca muy abierta de Zanahoria, le atiborra, le atraca, y le dice, entre chanzas y ascos:

—¡Ya te la comiste, cochinito mío, ya te la comiste; y es tuya, de la de ayer!

—Ya me lo figuraba —responde sencillamente Zanahoria, sin hacer el visaje esperado.

Va acostumbrándose ya; y cuando uno se acostumbra a algo, acaba por no encontrarle gracia ninguna.

EL ORINAL

I

COMO ya le ha ocurrido más de un percance en la cama, Zanahoria, cada noche, tiene buen cuidado de tomar precauciones. En verano la cosa es fácil. A las nueve, cuando la señora de Lepic le envía a la cama, Zanahoria sale de casa, da una vuelta, y pasa una noche tranquila.

En invierno el paseíto resulta un engorro. Por mucho que, en cuanto anochece y deja encerradas a las gallinas, tome una

ZANAHORIA

primera precaución, no puede tener esperanza de llegar a salvo hasta la mañana siguiente. Comen, están de sobremesa, dan las nueve, hace ya mucho tiempo que es de noche, y la noche ha de durar aún una eternidad. Zanahoria necesita tomar una segunda precaución.

Esta noche, como todas las noches, se hace la pregunta:

—¿Tengo, o no tengo ganas?

De ordinario se contesta «Sí», ya porque sinceramente no pueda volverse atrás, ya porque la luna con su resplandor le anime. A veces el señor Lepic o Félix, el hermano mayor, le dan ejemplo. Además, que no siempre la necesidad le obliga a alejarse de la casa hasta la cuneta, casi en pleno campo. Lo más corriente es que se pare al pie de la escalera; según y conforme.

Pero esta noche la lluvia repica en los cristales, el viento ha apagado las estrellas, y los nogales rabian en los prados.

—¡Menos mal—concluye Zanahoria después de haber deliberado sin apresuramiento—que no tengo gana!

Da las buenas noches a todos, enciende una vela, y se mete, al extremo del pasillo, a la derecha, en su alcoba monda y solitaria. Se desnuda, se acuesta, y espera la visita de la señora de Lepic. Le mete ella la ropa de un solo empujón, dejándosela muy ceñida, y apaga la vela. Le deja la vela, pero no le deja fósforos. Y como es miedoso, le encierra con llave. Zanahoria saborea al principio el placer de estar solo. Pasa revista al día, felicitándose de haber escapado de buena en varias ocasiones, y se promete para el otro día fortuna igual. Le halaga pensar que la señora

de Lepic esté dos días seguidos sin reparar en él, y procura dormirse en tal ensueño.

Apenas ha cerrado los ojos, cuando siente un malestar conocido.

—¡Era inevitable!—dice para sí Zanahoria.

Otro se levantaría; pero Zanahoria sabe que no hay orinal debajo de la cama. Aunque la señora de Lepic jure lo contrario, siempre se le olvida ponerlo. Y, además, ¿qué falta hace el orinal, si Zanahoria toma siempre sus precauciones?

Y Zanahoria raciocina en vez de levantarse.

—Más pronto o más tarde, tendré que ceder—se dice.—Luego cuanto más resista, más acumulo. Si me hago pipí en seguida, será poco, y la sábana tendrá tiempo de secarse al calor de mi cuerpo. Ten-

go la seguridad, por experiencia, de que mamá no ha de ver nada.

Zanahoria se alivia, vuelve a cerrar los ojos, ya tranquilo, y comienza un buen sueño.

II

Bruscamente se despierta al ruido de su vientre.

—¡Ay, ay!—dice.—¡La cosa se echa a perder!

Un momento antes creíase en paz. ¡Hubiera sido mucha suerte! Anoche cometió pecado de pereza, y ya le llegó el verdadero castigo.

Se sienta en la cama, y trata de reflexionar. Han cerrado la puerta con llave. La ventana tiene reja. Salir es imposible.

Levántase, sin embargo, y va a tantear

la puerta y la reja de la ventana. Se arrastra por el suelo y bracea debajo de la cama buscando un orinal de cuya ausencia no tiene duda.

Vuelve a acostarse y a levantarse otra vez. Prefiere moverse, andar, patear, a dormir, y con ambos puños se aprieta el vientre, que se dilata.

—¡Mamá!, ¡mamá!—dice con voz ahogada, temeroso de que le oigan; porque si la señora de Lepic se presentase, Zanahoria, curado en seco, parecería burlarse de ella. Sólo quiere poder mañana decir sin mentira que llamó.

Y ¿cómo va a gritar? Gasta todas sus fuerzas en retrasar el fracaso.

Pronto un dolor supremo hace bailar a Zanahoria. Va a dar contra la pared, y rebota. Tropieza en los hierros de la cama, tropieza con la silla, tropieza contra la

chimenea, cuyo cierre levanta con violencia, y se deja caer entre los morillos, retorciéndose, vencido, feliz, con una dicha absoluta.

La obscuridad de la habitación se espesa.

III

Zanahoria no se ha dormido hasta el amanecer, y está tan a gusto en la cama, cuando la señora de Lepic abre la puerta y hace un gesto, como si sorbiera de medio lado.

—¡Vaya un olorcito!—exclama.

—¡Buenos días, mamá!—dice Zanahoria.

La señora de Lepic tira de las sábanas, husmea por los rincones de la alcoba, y no tarda en hacer el hallazgo.

—Me puse malo, y no tenía orinal—se

apresura a decir Zanahoria, persuadido de que tal es su mejor medio de defensa.

—¡Embustero!, ¡embustero!—dice la señora de Lepic.

Se va, vuelve con un orinal, escondiéndolo, y lo desliza rápidamente debajo de la cama; pone de pie a Zanahoria, y, amotinando a la familia, exclama:

—¿Qué le habré hecho yo al cielo para tener un hijo así?

Trae luego una rodilla, un cubo, inunda la chimenea como si fuese a apagar el fuego, y sacude las ropas de cama, pidiendo «¡Aire!, ¡aire!», atareada y quejumbrosa.

Y en seguida se pone a gesticular en las narices de Zanahoria:

—¡Miserable! ¿Has perdido la cabeza? ¡Hijo desnaturalizado! ¡Vives como los animales! A un animal le dan un orinal, y

sabe para qué sirve, y a ti se te ocurre revolcarte en las chimeneas. ¡Dios me es testigo de que me vuelves lela, y me voy a morir loca, loca, loca!

Zanahoria, en camisa y descalzo, mira el orinal. No había orinal por la noche, y ahora hay uno allí, a los pies de la cama. Aquel cacharro vacío y blanco le deslumbra, y si él se obstinase en no ver nada, buen descaro sería el suyo.

Y cuando su familia desolada, los vecinos chuscos que desfilan, hasta el cartero, que acaba de llegar, le muelen y acosan a preguntas,

—¡Palabra de honor!—contesta al cabo Zanahoria, sin quitar los ojos del orinal.— Yo no lo entiendo... ¡Allá vosotros!

LOS CONEJOS

PARA ti ya no queda melón—dice la señora de Lepic;—pero tú eres como yo: no te gusta.

—¡Claro está!—dice para sí Zanahoria.

De tal manera le imponen gustos y repugnancias. En principio, ha de gustarle sólo aquello que a su madre le gusta. En cuanto llega el queso:

—Tengo la seguridad—dice la señora de Lepic—de que Zanahoria nolo ha de comer.

Y Zanahoria piensa:

—Ya que tiene la seguridad, no vale la pena intentarlo.

Sabe, además, que sería peligroso.

Y ¿no tiene ocasión de satisfacer sus más raros caprichos en lugares que él sólo conoce? A los postres, la señora de Lepic le dice:

—Llévales a tus conejos esas tajadas de melón.

Zanahoria va a hacer el encargo despacito, con el plato bien horizontal para que nada se vierta.

Cuando entra bajo su techado, los conejos con gorros de niño castigado, altas las orejas sobre el oído, levantando la nariz, tías las patas delanteras como si fuesen a tocar el tambor, se atropellan en derredor suyo.

—¡Eh, aguardad!—dice Zanahoria.—¡Un momento, haced el favor, que repartamos!

Y sentándose en un montón de basura, de hierba cana roída hasta las raíces, de

tronchos de col, de hojas de malva, les va dando pepitas de melón, y él se sorbe el jugo: es dulce como el vino dulce.

Luego rebaña con los dientes la azucarada pulpa que su familia dejó en las tajadas, todo cuanto aun tiene substancia, y da lo verde a los conejos, sentados sobre sus cuartos traseros, en corro.

La puerta del techadillo está cerrada.

El sol de las siestas va enhebrándose por los agujeros de las tejas y moja las puntas de sus rayos en la sombra fresca.